

LXXXV

LA MALDICION.

En la ciudad de Valencia
sucedió con Juana Dario,
mujer noble y entendida
de un hombre noble y honrado:
ésta tal quedóse viuda
á veinticinco de Mayo,
y le quedaron diez hijos,
el mayor de doce años.

Pidiérale de comer
el mayor de los muchachos
y le echó una maldicion
con rigor desfigurado.
—Non vinieran mil demontres
que te me hubieran llevado!
De buena gana te diera,
pues que me estás enfadando.—

Apenas lo pronunció,
cuando á la puerta ha llegado
uno vestido de negro
con diez mil pajes al lado.

La mujer desque los vió,
de lo dicho se ha acordado.
—¿Quién es usted, caballero?—
El respondió como falso:

—Yo soy don Rufo, señora,
de la corte más cercano.

¿Ese su hijo mayor
diéranoslo por criado?

Pida usted oro y hacienda,
pida y non le dé cuidado,
que tengo más plata y oro
que tiene el segundo Carlos.—

La mujer interesóse,
y el muchacho le ha entregado.

—Y si nos lo dá, señora,
ha de dárnoslo firmado
con sangre de vuestras venas
y venas de vuestros brazos.

—Segun eso, el caballero,
necesito cirujano.

—Cirujano, no señora,
que está usted con él hablando.—

Sacó la caja del seno
y la lanceta en la mano.
Al primero que picó
fué al inocente muchacho.
En esto bajó el Señor
con la rodilla sangrando.
—¿Qué haceis ahí, los demontres,
que tanto estais trabajando?
—Esta mujer maldiciente
prometiéonos el muchacho.
—Llevareis á la mujer
y dejareis al muchacho.—
Estando en estas razones
la Virgen habia llegado:
«Hijo de mi corazon,
por la leche que te he dado...
la mujer es mi devota
que me rezaba el rosario.»